

Chile: "La permisividad y la sociedad de consumo hacen infelices a las personas"

ALETHEIA - Diciembre 3, 2019

Chile ha sido sacudido desde hace más de un mes por violentos disturbios sociales. El profesor Jaime Antúnez explica al filósofo Henri Hude -en entrevista concedida al sitio francés ALETHEIA- las razones profundas de la crisis. Una crisis reveladora del desencanto de la sociedad de consumo en un país que ha salido de la pobreza.

Durante seis semanas, Chile ha sido sacudido por un movimiento de protesta sin precedentes. Jaime Antúnez, doctor en filosofía y conecedor de la sociedad chilena, dirigió durante veintitrés años la revista cristiana de antropología y cultura Humanitas, considera que la situación del país se asemeja a la de Francia en 1968: un fuerte crecimiento combinado con una explosión de insatisfacción social. La cultura dominante, análoga a la que prevalece en Occidente, es una mezcla de ideología libertaria y tecnocrática. El materialismo frenético de la sociedad de consumo es más frustrante que esperanzador. La clase media emergente teme al futuro. La crisis chilena se asemeja al malestar social y cultural que se encuentra en muchos países europeos. Podría volverse paradigmático.

Aleteia: ¿Qué está pasando en Chile?

Jaime Antúnez: Inicialmente, un hecho casi insignificante: un aumento de 30 pesos en el boleto de metro provoca el 17 de

octubre una revuelta estudiantil. Al día siguiente, los activistas queman veinte estaciones de metro, devastando a otras 41. Al mismo tiempo, se quema la central eléctrica principal en el área metropolitana. La misma noche, 325 supermercados son saqueados, no sólo en la capital, sino también en Concepción, la segunda ciudad más grande del país y Valparaíso. Justo en el centro de la ciudad, se quema el edificio de El Mercurio de Valparaíso, el más antiguo periódico en español. El día 19, los ataques incendiarios se extendieron desde Arica, en la frontera de Perú, a Punta Arenas, cinco mil kilómetros más al sur. El gobierno, completamente desconcertado, declara el estado de emergencia y envía al ejército a las calles. Pero, mal preparado para este tipo de situación, con mucha presión en los medios, el estado de emergencia se levanta. El 25 de octubre, un millón doscientas mil personas se manifiestan pacíficamente en Santiago. El gobierno cede en su programa de ortodoxia fiscal y anuncia cambios importantes. Suspende las reuniones internacionales de la COP25 y el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC) que tendría lugar en Santiago, en octubre y noviembre. El 13 de noviembre, llamada una huelga nacional, la violencia se reanuda. A seguir, una apariencia de tranquilidad sobreviene con la promesa del presidente Piñera de convocar el próximo año un plebiscito y un congreso o asamblea constituyente para rehacer la Constitución del país.

¿Deberíamos buscar detrás de estos eventos la mano de potencias extranjeras?

Posiblemente Estados Unidos no tenga nada que ver con lo que está sucediendo, ya que el gobierno del presidente Piñera está bastante cerca de ese país y sus centros de influencia. Por otro lado, un desorden duradero y generalizado en América del Sur, que pone en tela de juicio la alineación del continente con las posiciones de Washington, plantearía un grave problema para los Estados Unidos. Mientras tanto el Partido Comunista de Chile

conserva vínculos con Cuba y Venezuela, quizás también vínculos históricos con Rusia, pero es un partido muy pequeño, cuya influencia es mucho más débil que la del Frente Amplio, coalición "postmoderna" similar al partido Podemos en España. En cualquier caso, las manipulaciones, si existen, no serían posibles sin el enorme potencial de revuelta que se ha acumulado dentro del país.

¿Esta revuelta viene de la pobreza?

No principalmente. Chile actualmente es el más desarrollado de todos los países latinoamericanos, con un producto per cápita de USD 24,600 en 2017, aproximadamente la mitad del de Alemania. Esta cifra se debe comparar en Europa con Polonia (29,300) o Portugal (30,300), y con sus vecinos Argentina (20,700), Brasil (15,550) o Bolivia (7,500). El crecimiento económico se ha desacelerado en los últimos siete años, pero ha sido continuo y muy alto durante mucho tiempo desde la liberalización de la economía por parte del régimen militar (1974-1990), y continuó después del regreso del régimen democrático (alrededor del 7% anual). En general, el país ha salido de la pobreza. Las desigualdades siguen siendo muy altas, pero se ha eliminado la pobreza extrema. Subjetivamente, la impresión puede, por supuesto, ser diferente. La situación es similar a la de Francia en 1968, con un fuerte crecimiento económico combinado con una explosión de insatisfacción social. También preocupa la revolución tecnológica y la presión sobre la economía y la solidaridad a través de la financiarización excesiva del capitalismo neoliberal. Por eso la clase media está ansiosa.

¿Sería entonces una crisis cultural?

Esta es, sin duda, una dimensión importante del problema. La cultura dominante en Chile, como en todas partes en Occidente, es una mezcla de ideología posmoderna, visión libertaria y puramente tecnocrática. El relativismo ordinario conduce a enfocarse en el consumo material. Y el materialismo suscita expectativas de fantasía, que inevitablemente terminan en sentimientos de frustración.

¿No hay injusticias?

Sin duda, pero siempre las encontraremos en todas partes, incluso cuando todo esté tranquilo. A veces, es cierto, la exageración de las injusticias estructura una lucha de clases que se convierte en el factor explicativo dominante. Pero aquí y ahora, en Chile, nos vemos obligados a pensar en algo más y algo más profundo. Es cultural y psíquico. Lo material o lo social, incluso real, sirve como pretexto para expresar una ansiedad e insatisfacción metafísica profunda, inconsciente. El campo político se convierte en un gran torbellino. La conclusión es que, desde cierto momento, la permisividad y la sociedad de consumo hacen que las personas sean muy infelices.

Pero, sin embargo, las personas se adhieren a esta ilusión ...

Sí, al menos una mayoría, al parecer. Debe entenderse que nuestro continente viene de una gran pobreza. Por lo tanto, las personas se adhieren fácilmente a las promesas y beneficios del progreso técnico. Pero también se adhieren a sus ilusiones. Ayer fue la revolución proletaria. Hoy, es la prosperidad pequeñoburguesa y la liberación sexual. Como en Francia en 1968 ... Ahora hay un 30% de ateos en Chile y solo la mitad de los que se declaran cristianos. Y esto no es nuevo.

En este marco de cultura posmoderna y en medio de la crisis, la falta de significado (sabiduría o religión) genera una frustración fundamental pero no identificada.

Es por eso que las personas se topan con una pared sin entender nada. Buscan chivos expiatorios y se descompensan. Por ejemplo, las catedrales de Valparaíso y Puerto Montt fueron saqueadas y la antigua iglesia de Vera Cruz se quemó en Santiago. La violencia explota, una reacción típica de fracaso, buscando destruir, menos por destruir que vengarse de la vida.

Lo que usted describe es el mecanismo de una crisis de histeria. ¿Es que entonces Chile estaría en plena neurosis, en un mundo que nos vuelve loco?

Lo temo. Dicho esto, todo no puede reducirse a una especie de problema psíquico. Lo que es muy poderoso, detrás de la estética de la violencia, es el fuerte deseo de la clase media emergente de ingresar al tren de la verdadera riqueza, su conciencia de los límites del posible enriquecimiento, en un contexto de desigualdades significativas, y también su repentino temor a las perspectivas de re proletarización..

¿El movimiento tiene líderes?

No. Ni líder, ni doctrina, ni programa. Como los “chalecos amarillos” en Francia ... El proyecto es cambiarlo todo. El lema es "dignidad". El medio elegido es el debate constitucional nacional.

¿No es una contradicción flagrante reclamar dignidad mientras se adhiere a una cultura que la excluye? Para la tecnocracia relativista, el hombre es una cosa, un robot sin dignidad. Si la "dignidad" es solo una construcción mental artificial, ¿qué sentido tiene rebelarse?

La "dignidad" es un legado del cristianismo y la Ilustración, religión y filosofía en la que muchos dicen ya no creer. Pero el razonamiento ya no tiene lugar en nuestra sociedad en este momento. La confusión de las mentes está en su apogeo y el nivel de racionalidad en plena baja. Además, no estoy seguro de que la población incendiaria piense mucho en la cultura, tecnocrática o de otro tipo. Por lo tanto, es de temer que este anunciado debate constitucional sea impulsado por neurósis irracionales. En este marco cultural dominante, iremos directamente al caos económico y a la impotencia política. Así nacen las dictaduras.

¿Que hacer ? ¿No hay líder en este país?

La clase política es rechazada en su conjunto. Es impotente frente a la financiarización de la economía. Si surgiera un líder, no sería seguido. Hace dos años, en las elecciones presidenciales, el Partido Socialista chileno prefirió llevar como candidato a un presentador de televisión perfectamente inculto y superficial, que al ex presidente Lagos, que une sabiduría y experiencia.

¿Cómo ve el futuro? ¿Es esta crisis un modelo?

Si todo fuera siempre en declinio, el hombre habría desaparecido hace mucho tiempo. Hay mecanismos correctivos. Un día u otro, los errores de la cultura serán rechazados y surgirán líderes valiosos. Pero sí creo que la situación en Chile tiene algo de paradigmático.

** Traducido del francés por Dominique García-Lagos.*

Artículo publicado originalmente en: <https://fr.aleteia.org/2019/12/04/chili-la-permissivite-et-la-societe-de-consommation-rendent-malheureux/>